

**GUERRA**

Nuestra compañera Federica ha dicho bien: estando en lo alto de la montaña es imposible apreciar su inmensa altura. Cuando nos alejamos de ella, nos preguntaremos con asombro: ¿nosotros hemos subido tan alto?

Si, estamos escalando una cumbre, dejando firones de carne y ríos de sangre en la marcha. Y queremos subir, seguir subiendo...

Esta guerra es por nuestra vida o nuestra muerte. Por eso nuestras armas, camaradas, redoblan día a día su arrollador esfuerzo.

Vengan alemanes o italianos, moros y señoritos de la falange. Que nuestros fusiles y cañones, nuestras ametralladoras y aviones, han de aplastarlos sin piedad.

Con los reptiles venenosos, con los cuernos de niños, no puedo haber misericordia. Hay que ultimarlos. Nuestra guerra es así.

**A MUERTE**

# Tierra y Libertad

**ORGANO DE LA F. A. I.**

## RECONSTRUCCION

Si alguien dudara del sentido revolucionario del momento que vivimos, debería venir junto al obrero de la retaguardia, junto al campesino de la retaguardia. No sólo es Cataluña quien construye. En los pueblos de Aragón, de Levante, del Centro, de Asturias y de Euzkadi, los obreros y los campesinos hacen efectiva labor revolucionaria. Una tendencia común los pone a la obra. Organizan el trabajo sin patronos, directamente, en pequeña o gran escala, parcial o íntegramente en una industria, en una zona agrícola. Organizan el control obrero. Organizan la escuela nueva. Organizan la sanidad. Construyen.

Hablarle a uno de los hijos del pueblo que combate en el frente, de ganar la guerra para hacer después la Revolución, de volver a la tibieza del régimen liberal burgués, de quedar en lo que estamos, es no sólo un contrasentido, sino una ridiculez. Hablarle al obrero que en la retaguardia crea una nueva estructura económica y social, de detener su obra, de esperar, de acomodarse a una vuelta imposible al pasado, es, sencillamente, una ironía, una burla, un escarnio.

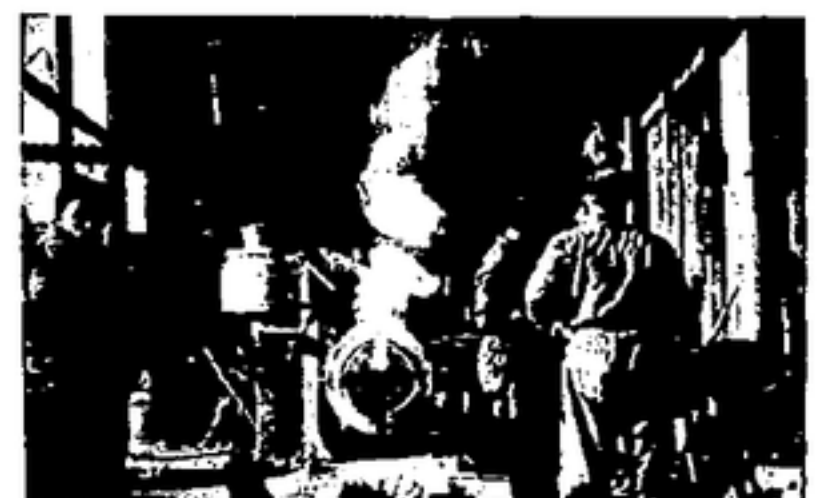
La tierra para los campesinos, las fábricas y herramientas para los obreros y los técnicos, también obreros de la Revolución. La producción para satisfacer las necesidades de todos. El consumo equitativo, que asegure a todos el mismo derecho a vivir. El racionamiento de los productos escasos. El fin de los privilegios, de todos los privilegios. El intercambio de máquinas y productos entre los obreros de las ciudades y los trabajadores del campo. La ayuda recíproca entre obreros de una misma industria, entre industrias distintas, entre regiones más o menos ricas por naturaleza, entre los débiles y los fuertes, a condición del trabajo prestado a la colectividad de que se forma parte. He aquí la síntesis de esta Revolución proletaria, social, que realizamos, que impulsamos en España.

Obra semejante no se improvisa, no se ejecuta en pocos días, en pocos meses, cuando hay una guerra moderna que ganar. Cuando hay un mundo que está contra nosotros, con todo el peso de su oro, de sus armas, de sus lacayos fascistas. Se hace, con ritmo propio, especial, desconocido en la historia de las grandes revoluciones. Se hace a costa de sacrificios que se multiplican a medida que el triunfo se ve próximo, a costa de esfuerzos que rompen las gruesas barreras que la economía de guerra pone a nuestro paso, venciendo no pocos prejuicios y ambiciones que brotan en la agitada convulsión revolucionaria.

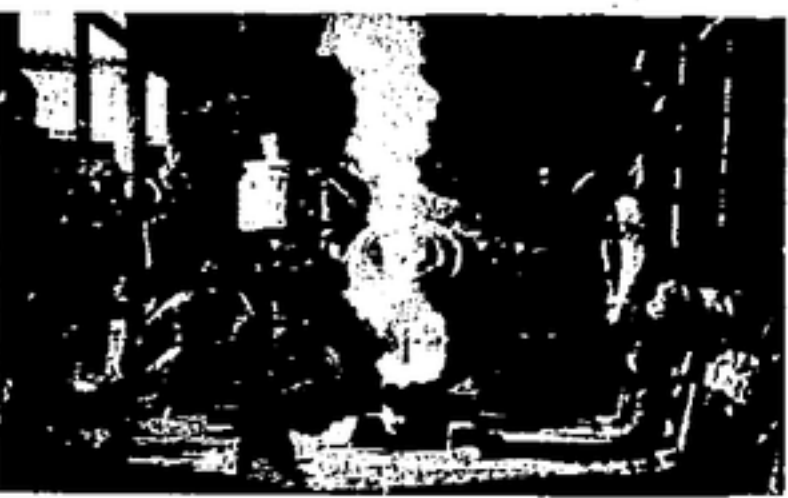
Los anarquistas estamos en la obra, junto a nuestros hermanos de la retaguardia, como estamos, sin reservas, dando nuestras mejores vidas, nuestros más preciados militantes, en las primeras avanzadas de la guerra. Está en nuestra sangre la audacia innovadora, la acción ejemplarizadora. Somos, trasplantados en el tiempo que nos separa, los mismos «anarquistas» de la Gran Revolución de 1789, que en París eran el alma de las multitudes y con ellas exigían pan y libertad. Somos los que en la Revolución rusa dimos el pecho en todas partes contra las banderas de los generales blancos, de los alemanes invasores, de la contrarrevolución mundial.

Aquí, en España, sumamos algo nuevo, que ha de impedir, para nosotros y el pueblo, viejos errores, sangrientos desastres, retrocesos a la esclavitud. Sumamos nuestro esfuerzo creador, constructivo, realizador. Obramos y trabajamos sobre los cimientos de una Revolución iniciada. Edificamos la economía nueva. Ponemos en el obrero, en el campesino, en el técnico, en el maestro, en el hombre de trabajo siempre, toda nuestra fe. Somos obreros nosotros mismos, y realizamos, reconstruimos la economía, para que pronto el trabajo dignificado, la libertad, la solidaridad social, imperen en esta España en llamas, de la que queremos que nazca la organización de carácter auténticamente socialista, más avanzada, más justa y libre de todos los tiempos.

Por eso se confunde el doble esfuerzo del combate y del trabajo. En los frentes, ruido de armas, ofensivas y planes de la victoria. En la retaguardia, camaradas, ruido de herramientas que trabajan sobre bases nuevas, para el porvenir, para la humanidad.



**GUERRA:** seleccionar la producción; trabajos útiles en la retaguardia; coordinación, responsabilidad



**REVOLUCION:** sindicalizar la industria, socializar la producción y la distribución.

# HACER

De la crítica hemos pasado a la acción. Hagamos, pues, lo más y mejor que podamos. La superación de lo actuado lleva a actuar de nuevo. A hacer las cosas mejor. Si difícil es convencer propagando las ideas, convenciamos haciendo, para que la evidencia entre por los ojos, para que la prédica la hagan los mismos hechos, las experiencias, los avances nuestros.

No hay, no puede haber marcha conjunta, al mismo compás, de las masas revolucionarias. Siempre ha de haber quien se adelante, enseñando el camino. Nosotros, anarquistas, pondremos lo nuevo, lo audaz, lo que revoluciona una costumbre o destruye una tradición, al lado de aquello que deseamos superar, suprimir o transformar.

De la comparación entre el pasado que subsiste y la realización revolucionaria nuestra, surgirá la conquista de los incrédulos, de los timoratos, de los que esperan que los otros hagan.

El pequeño burgués, el pequeño propietario de la tierra, el pequeño núcleo de obreros de un taller aislado, el técnico temeroso de su porvenir, el Sindicato retrasado en la socialización, el campesino desconfiado, han de sumarse a la Revolución proletaria, ante los hechos consumados que pondrán ante sus ojos la verdad que no nos causaremos de repetir: la Revolución quiere que todos tengan el mismo derecho a la vida, cumpliendo el mismo deber de trabajar si se es apto para el trabajo.

La Revolución tiene sus virtudes propias. Desplaza o adapta a sus conquistas a los elementos neutros, a los que están en el plano de la indefinición por pequeños privilegios heredados o por incapacidad de sentir el momento que se vive. Pero hay que hacer. En la ciencia, en la técnica, en la historia del maquinismo, en la evolución de las sociedades, las revoluciones las impulsaron los primeros, los que pusieron en marcha sus proyectos, los que mostraron con el invento nuevo, con la fórmula nueva, con el método de trabajo nuevo, con el sistema de enseñanza nuevo, con el vehículo de transporte nuevo, etc., la superioridad de sus propósitos, su practicidad, sus beneficios.

Así, camaradas, obrémos nosotros. Haciendo. Construyendo sobre la marcha cuanto acordamos en nuestros Sindicatos, en nuestros Plenos, al estudiar el presente y proyectar para el futuro. Es la obra anarquista, es la misión avanzada del anarquismo militante. Hacer y hacer bien.